

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 34.

Corrupcion de los pueblos subyugados. Tácito, *Agríc.*, cap. xvi, 21; *Hist.*, IV, 64; en la Galia, Caesar, *De bello gal.*, VI, 13 y sig.; Plin., *Hist.*, n. XXX, 1; Deilingger, p. 558 y sig., 611; en Germania, Herod., IV, 93, 94; V, 3; *Agath.*, I, 7; Tácito, *German.*; *Hist.*, IV, 54; *Annal.*, I, 51; XIII, 5; Caes., *De bello gal.*, VI, 21; Jornand., *De reb. get.*, ap. Muratori, *R. It. Scr.*, t. I; Simrock, *Handb. der deutschen Mythologie*, 2.ª edic., Stuttgart, 1859; J. Grimm, *Deutsche Mythologie*, 3.ª ed., Goettinga, 1854; Krafft, *K.-G. der german. Völker*, Berlin, 1854, vol. I, Rettberg, *K.-G. Deutschl.*, I, p. 246 y sig. Friedrich (*K.-G. Deutschl.*, Bamberg, 1867, I, p. 25 y sig.) muestra que los alemanes no eran como se ha dicho con frecuencia, absolutamente antipáticos á las ideas y costumbres de los romanos. El desprecio de los antiguos á los trabajos manuales está atestiguado entre los griegos por Herod., II, 167; Arist., *Polyt.*, III, 2, 8; 3, 4; VI, 4, 5; VIII, 2; entre los galos por Ciceron, *De republ.*, III, 6; entre los germanos, por Tácito, *German.*, cap. xiv; entre los romanos por Ciceron, *De off.*, I, 42; entre los lusitanos, cántabros y tartesios de España, por Justino, XLIV, 3, 4.

Situación del mundo pagano.

35. El pecado y la corrupcion reinaban, pues, en toda la extension del mundo pagano; en medio de las conmociones que agitaban la vida interior y exterior, iban en aumento el malestar, el disgusto de las cosas presentes, la inquietud y la desesperacion. Todas las tentativas de los paganos para llegar á la posesion de sí mismos, habian fracasado; ni la religion tradicional del pueblo, ni la filosofia, ni el poder exterior del imperio romano y la delicadeza de la vida, ni el refinamiento de los placeres, podian aplacar los tormentos del espíritu humano. Se buscaban por todas partes remedios y auxilios. Se esperaba, se abrigaban deseos de un porvenir mejor, de un siglo de oro. Interrogada la sibila Eritrea, anunciaba el nacimiento de un niño divino, que iba á inaugurar tiempos más prósperos. Cierta que algunos referian esta prediccion á Augusto, ó á algun otro emperador. Virgilio la aplicaba al hijo de Asinio Polion, pero habia otros que presentian en ella el cumplimiento de sus más caras esperanzas. Una antigua profecía que habia corrido en los primeros tiempos del imperio, anunciaba que vendrían de Judea hombres investidos de un gran poder. La nocion de Dios y el sentimiento de la debilidad humana sobrevivian aún, y estaban sostenidos por la esperanza de un Redentor celeste.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 35.

Virgilio, *Ecluy.*, IV, vers. 4 y sig.; Suetonio, *Octav.*, IV, 94; *Vesp.*, cap. IV; Tácito, *Hist.*, V, 13. Cf. Jos., *De bello jud.*, VI, 3, 1; Aug., *Civ. Dei*, V, 27, ép. clv; Eus.,

In Constant. M. Or., ad coet. SS., cap. XIX, XX, donde se cita sin mucha exactitud á Ciceron, *De divo.*, II, 54; Dante, *Purg.*, XXII, 70 y sig.; Heyne, *Annot. in Virgil.*, t. I, p. 96. Sobre las sibilas se hallan otras noticias en Josefo, *Ant.*, I, 5; Ovidio, *Metamorph.*, I, vers. 256; Virgilio, *Aen.*, III, vers. 700; Herodoto, lib. IV, p. 192; Laet. *Div. Inst.*, IV, 20; Euseb. *Praep. ev.*, IX, 14. El célebre acróstico relativo á Cristo (*ϰϱϰϰ*), *Orac. sibyllin.*, VIII, 217 y sig.; Euseb., *In Const. Or. cit.*, cap. xviii; Aug., *Civ. Dei*, XVIII, 23; Optat., *De schism. Don.*, III, 2; H.-J. Schmitt, *Grundzüge des Messias oder Spuren der Lehre von der Welterschöpfung in Sagen und Urkunden*, Frankfurt, 1826; Bötticher, *Prophet. Stämmen aus Rom.*, Hamburgo, 1840, 2.ª parte, Lasaulx, *De mortis dominatu in eccl.*, Monach., p. 63; Freimüller, O. S. B., *Die messian. Weissagung in Virgils Eocl. IV* (Mettener Programm), Regensb., 1852.

§ 2. El pueblo judío. — Su importancia.

36. Hemos notado en el paganismo la necesidad, conocida por unos, por otros presentada, de un Redentor. Entre los judíos asistimos á los preparativos de su advenimiento. La mision de los griegos era cultivar las ciencias y las artes; la de los romanos establecer el orden político y social; la importancia histórica del pueblo de Israel se enlaza íntegramente con la conservacion de las verdades divinas que le fueron confiadas. Al lado de la ignorancia y depravacion de los paganos, los sentimientos religiosos del pueblo judío forman el más maravilloso contraste. Él es quien ha conservado mejor las tradiciones primitivas. Dios le comunicó una revelacion particular, una legislacion á la vez religiosa, litúrgica y política, le envió profetas, maestros y libertadores; le hizo en términos, cada vez más claros, la promesa de una redencion. Dios habia escogido á este pueblo con el fin de hacer brillar su providencia y su justicia en la manera particular con que dirigia sus destinos, con el de preservarle de los horrores idolátricos, iluminar al mundo pagano y realizar progresivamente en él el plan de la redencion. De presente, Dios obra sobre los judíos por su ley, y en orden á lo futuro por sus promesas.

El pueblo judío poseía en el Pentatéutico los más antiguos documentos históricos; allí encontraba el esclarecimiento de todos los problemas que habian permanecido insolubles para los paganos, problemas sobre Dios y el mundo, sobre el pecado y la gracia, á los cuales se enlazó en el curso de los tiempos una literatura religiosa llena de enseñanzas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 36.

Filon (*De Abraham*, en fol. 364, § 19; *De vita Mosis*, I, fol. 625, § 27) dice que los judíos son los sacerdotes y profetas de toda la humanidad, encargados de implorar sobre ellos las bendiciones de Dios.

Abraham y sus descendientes.

37. La eleccion del pueblo judío comienza hacia el año 350 después del diluvio (2006-2008 de la creacion del mundo), con la vocacion de Abraham, jefe de los nómadas de Caldea. La primera alianza fué concluida con él, y sellada con el signo exterior de la circuncision. Dios le mostró el país destinado á ser la mansion del pueblo que debía honrarle como jefe de la raza en la cual serian benditas todas las naciones de la tierra¹. De sus dos hijos, Isaac fué el hijo de la promesa, y entre los de Isaac, Jacob. Esto, por un concursó providencial de circunstancias, marchó á Egipto, donde su familia se multiplicó hasta el punto de formar una raza poderosa; pero que fué tambien cruelmente oprimida durante un período de 430 años. Sin este destino, los israelitas, durante su permanencia en el desierto, no habrían llegado á ser otra cosa que potentes tribus nómadas, no habrían podido conservar su unidad exterior ni hacerse capaces de llenar la mision confiada á ellos por Dios de propagar la revelacion. Por poco que hubiesen influido las circunstancias, habrían perdido la unidad de su raza y se habrían confundido con los egipcios, olvidando su creencia en el Dios único y Supremo, á la vez que sus tradiciones.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 37.

Fuentes: el Antiguo Testamento y los escritos de Flavio Josefo (ed. Haverkamp, Amsterdam, 1726, 2 vol.; ed. Oberthür, Wirecb., 1782 y sig., t. III; ed. Richter, Lips., 1826 y sig.; ed. Paris, 1847 y sig.; ed. J. Bekker, Lips., 1856, 6 vol.); y en menor grado los de Filon (*obra citada*, 51), después los autores clásicos. Véase Stolberg, vol. I-IV; Rohrbacher-Kump, vol. I-II; J.-H. Kurtz, *Gesch. des A. B.*, Berlin, 1852-56, 2 vol.; J. Grau, *Semiten u. Indogermanen*, Stutt., 1865. Haneberg, *Gesch. der bibl. Offenb.*, Regensb., 1850, 3.ª ed., 1863; el mismo, *Die relig. Alterthümer der Bibel*, Munich, 1869; Reusch, *Einl. in das A. T.*, Friburgo, 1870, in-4.ª; A. Weber y Holtzmann, *Gesch. des Volkes Israel und Entstehung des Christenth.*, Heidelberg, 1867, 1 vol.

Moisés y la ley.

38. El pueblo recibió en la persona de Moisés un libertador, un guía y un legislador. Después de la salida de Egipto (año del mundo 2728), debía pasar cuarenta años en el desierto, ver morir su primera generacion, la más culpable de todas, reavivarse su sentimiento religioso y

¹ *Gen.*, XII, 3; XVIII, 18; XXII, 18.

mejorarse sus costumbres. Dios, por medio de Moisés, promulgó en el Sinaí su ley (el Decálogo), que fué después reforzada por diferentes prescripciones legales y ceremoniales. Todas las leyes se agrupan alrededor de la idea fundamental del reino de Dios. El Señor y Creador, que se revelaba al pueblo asombrado por sus milagros y altos hechos, era el Dios único de Israel, é Israel era su pueblo. El fué su protector y su rey; misericordioso y liberal mientras que Israel guardó sus mandamientos; severo y vengador cuando se apartó de su obediencia. El Tabernáculo y el culto simbólico que se enlazaba con él, el sacerdocio de la tribu de Leví, los días y las fiestas sagradas (sábado, Pascua, Pentecostés, fiesta de los Tabernáculos), los diferentes sacrificios, las bendiciones y purificaciones, tenían por objeto recordar constantemente el pensamiento del Señor. Su ley, sus mandamientos, sus prohibiciones, debían ser el espejo del pueblo y su ocupacion diaria. La esperanza del Mesias fué reavivada por Moisés (*Deut.*, xv, 58); estaba figurada por el culto, y sobre todo, por la fiesta de las expiaciones. Después del sacrificio de Abraham y su encuentro con el gran Pontífice Melquisedech, todo habia tomado un sentido figurativo. Moisés era el jefe, el guía, el soberano del pueblo; su hermano Aaron el Sumo Sacerdote.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 38.

Bähr, *Symbolik des mosaischen Cultus*, 2 vol.; Kurtz, *Das mosaische Opfer*, Mitau, 1842; el mismo, *Lehrb. der hl. Gesch.*, 7.ª edic., 1855, p. 33 y sig., 62 y sig.; Dollinger, p. 735 y sig.

Josué y los Jueces. — Los Reyes.

39. Bajo el gobierno de Josué, los israelitas conquistaron el país de Canaan, que se les habia prometido, y lo dividieron entre las diversas tribus. Como el paganismo no estaba allí enteramente extirpado, los israelitas que vivían confundidos con los habitantes, se unieron á ellos por medio de matrimonios, y cayeron con frecuencia en la idolatria fenicia y babilónica. Dios les castigó en diversas ocasiones, sujetándoles á estos pueblos; cuando su abatimiento llegaba al colmo, el Señor les libertaba por medio de hombres elegidos, suscitados por él mismo, que recibían el nombre de jueces. Bajo el gobierno de éstos, el pueblo formó durante 450 años una especie de república teocrática muy poco homogénea, de la cual eran centro comun el tabernáculo y el arca de la Alianza. Después de este período de transicion, se ve realizarse bajo el profeta Samuel, último de los jueces, lo que habia sido previsto por Moisés. El reino se establece en la persona de Saul, vástago de

la tribu de Benjamin (1099 á. de J. C.), el cual recibe el encargo de defender á su pueblo contra los paganos que le rodeaban.

Al lado de la monarquía, que ejercía la autoridad temporal, el sumo pontificado continuaba llenando las funciones del culto religioso. Venía despues el orden de profetas, destinado á vivificar la ley, á renovar su espíritu, á sostener el pensamiento de la promesa: tres instituciones que figuraban el triple ministerio del Salvador del mundo. Los primeros profetas, Samuel, Gad, Nathan, Elías, eran sobre todo hombres de acción; los últimos se señalaron principalmente como escritores. Con frecuencia muchos de estos empleos se hallaban reunidos en una sola persona: Heli, era á la vez juez y Sumo sacerdote; Samuel, juez y profeta; David, sucesor de Saul (1055-1015), era profeta y rey.

David estableció la monarquía sobre sólidas bases, emprendió guerras afortunadas, llegando hasta el Egipto y cerca del Eufrates, hizo de Jerusalem su capital, y llevó á ella el arca de la Alianza; edificó la fortaleza de Sion, reguló el culto divino y realizó su pompa con la magnificencia de sus cánticos. Este hombre que pecó por efecto de la debilidad humana, pero que siempre se rehabilitaba por la sinceridad de su arrepentimiento, vió renovada por Dios la promesa de que el Salvador nacería de su raza.

Su hijo y sucesor Salomon (1015-975) construyó el templo de Jerusalem, y reinó con sabiduría y prosperidad, mientras permaneció fiel á sus deberes religiosos; en los últimos tiempos de su vida, se entregó á los placeres, y contrayendo alianzas con mujeres extranjeras, se dejó arrastrar al culto idolátrico de Siria y de Fenicia, oprimió á su pueblo, y preparó la caída del reino.

Division y ruina del reino.

40. Muerto Salomon (975 á. de J. C.), el reino fué dividido, formándose los de Judá é Israel (Ephraim). El primero, compuesto de las tribus de Judá y Benjamin, fué gobernado por Roboam, hijo de Salomon, con Jerusalem por capital; el segundo, en que se juntaron las otras diez tribus, cayó en poder de Jeroboam, y su capital fué Samaria. Esta division debilitó notablemente el poder del pueblo con respecto á sus enemigos. El reino de Israel fué separado del templo de Jerusalem; recibió sacerdotes que no eran de la raza de Levi, se entregó al culto de los ídolos egipcios, y despues al de Baal, convirtiéndose al fin en teatro de discordias intestinas y de guerras civiles.

Sus diez y nueve reyes, la mayor parte seductores del pueblo, perecieron casi todos de muerte violenta. Los progresos del paganismo que

las sangrientas represiones del rey Jehu no pudieron ahogar, fueron enérgicamente combatidos por los profetas, sobre todo por Elías, el severo vengador de la ley divina ultrajada (918-896 á. de J. C.), y por su discípulo Eliseo, por Jonás, Oseas, Amos, Joel y Nahum.

El reino, cada vez más cercano á su ruina, paró en tributario de los asirios. Teglat-Phalasar le hizo sufrir dura opresion, y Salmansar, despues de haber sitiado á Samaria durante tres años, la destruyó por completo, deportó al rey Oseas y gran parte del pueblo al interior del Asia, y repobló el país con colonos asirios que se mezclaron con los israelitas. Tal fué el origen de los samaritanos, tan odiados por los judíos. La raza del pueblo escogido por Dios, se vió así privada de diez de sus miembros.

41. Este destino lamentable de un Estado hermano y vecino, fué una leccion perdida para el pequeño reino de Judá, que iba tambien á desaparecer á los 134 años de su existencia. De sus veinte reyes, algunos fueron mejores que otros, por ejemplo, Asa, Josaphát, Oσίας, Ezequías y Josías; pero la mayor parte, aliándose por medio de matrimonios con la familia soberana de Tiro, cayeron en el paganismo fenicio. En el reinado de Josías, al verificarse la reparacion del templo, se halló en un rincón el libro perdido de la ley de Moisés, lo cual se anunció á todo el pueblo¹. Sin embargo, no se operó una conversion verdadera, y la voz de los profetas fué casi siempre despreciada. A Isaías (760-699 á. de J. C.) y á su contemporáneo Miqueas se deben las más importantes predicciones sobre el Mesías.

En política, oscilábase entre Babilonia y Egipto, dos potencias que no trabajaban sino por humillar al reino y debilitarlo. Sucumbió definitivamente bajo Nabucodonosor, rey de Babilonia, que destruyó á Jerusalem y su templo, hizo llevar á Babilonia los vasos sagrados, así como las principales familias. Muchas se refugiaron en Egipto. Sólo la poblacion rural permaneció en los lugares que habitaba.

Encontramos en este triste período los profetas Jeremías, Ezequiel, Sofonías, Habacuc y Abdía. Los judíos que estaban en el cautiverio, permanecían fieles á la ley, más fieles aún que en los días de la prosperidad, y en la ley y en sus promesas era donde hallaban algun consuelo en medio de su profundo abatimiento. Este destierro de Babilonia fué el mayor castigo que tuvo que sufrir el pueblo, al par que la más ruda prueba para su fe; pero fué tambien ocasion de propagar las ideas monoteístas en el interior de Asia, y de acrecentar el deseo de un futuro libertador.

¹ II Regum, xxii, 8; xxiii, 1 y sig.

La literatura se distinguía por su energía y profundidad. Los profetas del destierro, que, según Jeremías, xxv, 11 y sig., duró 70 años, fueron principalmente Daniel y Baruch.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 30-41.

Kurtz, *Lehrb. der H. Gesch.*, p. 99 y sig., 166 y sig.; Döllinger, *obra citada*, página 376 y sig.

Situación de los judíos después del cautiverio.

42. Ciro, rey de Persia, fué el instrumento de que Dios se sirvió para castigar á la orgullosa Babilonia; permitió á los desterrados entrar de nuevo en su patria (año 536 á. de J. C.). 43.360 hombres, entre los cuales había 4.280 sacerdotes y 7.000 esclavos, se pusieron en marcha. Eran casi todos de las tribus de Judá y Benjamín: de aquí viene el nombre de judíos dado al pueblo, y que desapareciera insensiblemente el de israelitas. El sumo sacerdote Josué (Jesus), y Zorobabel de la estirpe de David, dirigieron la primera expedición; Esdras y Nehemías presidieron las otras. Después de numerosos obstáculos, se edificó el segundo templo, sobre todo por los esfuerzos de los profetas Ageo y Zacarías, y fué acabado el año 516 á. de J. C. Comparado con el primero era pequeño; no tenía el arca de la alianza. Sin embargo, se reavivaron las esperanzas mesiánicas; los espíritus se dirigieron con ardor nuevo hácia el Deseado de las naciones y consolador de las gentes¹.

Los persas creyendo reconocer su Ormuzd en el Dios de los israelitas, les gobernaron con dulzura, y les dejaron, cuando ya habían renunciado enteramente á su inclinación hácia la idolatría, regirse por sus instituciones nacionales colocadas bajo la custodia de los sumos sacerdotes. Estos eran asistidos de un consejo de setenta ancianos², llamado Sanhedrin, que gozaban en materia religiosa de completa libertad. La lista de los profetas se cierra con Malaquías, que anuncia un nuevo sacrificio y la aparición de Elías que precederá á la venida del Señor³. El pueblo, cuya principal ocupación en otro tiempo era la agricultura, se aficionó al comercio, que había aprendido en sus relaciones con el extranjero, y creó establecimientos en otras comarcas.

¹ *Apdo.*, II, 8.

² *Números*, XI, 16.

³ *Malach.*, I, 11; III, 1.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 42.

Döllinger, p. 738 y sig. Sobre el segundo templo. *Welt. Tub. Quart.-Schr.*, 1851, II, p. 223 y sig., y en *Freib. K.-Lezikon*, t. X, p. 709 y sig.

Los Macabeos.

43. Cuando el reino de Persia se disolvió por las conquistas de Alejandro el Grande, los judíos cayeron sucesivamente bajo la dominación de los Tolomeos de Egipto y de los Selencidas de Siria. Su país fué el campo de batalla de estas dos potencias. Sometidos por los egipcios, Tolomeo Lago I llevó más de 200.000 á Egipto, donde su suerte fué por lo general buena. Al fin la Judea cayó bajo el poder de los reyes de Siria, y fué poblada por colonias sirias y griegas. Las tentativas para helenizarla fueron cada vez más activas. Seluco Filopator envió á Heliodoro para arrebatarse el tesoro del templo de Jerusalem, y Antiocho Epifanes resolvió consagrarlo á Júpiter Olímpico (hácia el año 170 á. de J. C.), y extirpar las costumbres y religión de los hebreos. Ya gran número de judíos y aún de sacerdotes, habían abjurado de la ley entregándose por completo al helenismo. Jason, hermano del Sumo Sacerdote Onías III, compró la dignidad del Pontificado é instituyó un gimnasio griego en la ciudad santa, que más tarde, bajo Menelao, había de transformarse en completamente pagana.

De repente, se despierta con singular energía el amor de la religión y costumbres nacionales. Matatías, descendiente de la raza sacerdotal de los Asmoneos, organiza la resistencia, y sus cinco hijos llegan á ser sucesivamente jefes de la lucha contra Siria. El más ilustre de todos, Judas Macabeo, reconquistó á Jerusalem el año 164 a. de J. C., purificó el templo, y restableció el culto interrumpido de Dios; pero sucumbió más tarde en el campo de batalla. Los sirios tomaron de nuevo á Jerusalem, y el rey Demetrio elevó á la dignidad de Sumo Sacerdote á Alcima, jefe del partido griego: la muerte impidió á éste destruir en el templo el muro que separaba el vestíbulo de los paganos del de los israelitas.

Muerto Judas, sus hermanos Jonatás y después Simon, continuaron la resistencia. En 141, Simon se apoderó de la fortaleza de Sion, y el pueblo agradecido le confirió la dignidad hereditaria de príncipe y Sumo Sacerdote, «hasta que apareciera entre ellos un profeta¹» que ordenara otra cosa, en nombre del Señor. Los judíos formaron entonces un

¹ *Machab.*, XIV, 41.

Estado independiente bajo los príncipes macabeos, y como el reino de Siria estaba notablemente debilitado, Demetrio Nicanor se vió obligado á reconocerlo. De este modo fracasó completamente la tentativa de helenizar á la Judea.

44. Simón reinó con sabiduría y prosperidad, pero fué traidoramente asesinado (año 135 á. de J. C.). Su sucesor Juan Hircano I engrandeció el reino con muchas victorias, sometió á los idumeos y castigó á los samaritanos. Desdichadamente no tenía el celo religioso de sus predecesores, y aspiraba á estrechar los vínculos de alianza que habían existido en otro tiempo con los romanos.

Rápida y profunda decadencia siguió á esta prodigiosa elevación de los judíos. El hijo mayor de Hircano, Aristóbulo I (106-105), que había tomado desde luego el título de rey, se desencadenó contra su propia familia; hizo morir de hambre á su madre y asesinar á su hermano, y atormentado por los remordimientos, murió al cabo de un año, dejando al pueblo desgarrado por los partidos.

Su hermano Alejandro Janeo (105-79 á. de J. C.), cruel y déspota, tuvo por sucesora á su viuda Salomé Alejandra, que se unió con los ortodoxos. Á la muerte de ésta, sus dos hijos Hircano II y Aristóbulo II se hicieron la guerra é imploraron el auxilio de los romanos. Pompeyo se apoderó de Jerusalem (63 á. de J. C.), profanó el templo, y obligó á Hircano á reconocer la supremacía de Roma. Hircano, que era sólo un fantasma de rey, estaba sometido á la influencia del ambicioso Antipatro, idumeo, que intentaba abrirse para sí y su hijo el paso del trono. Esta vez los judíos sufrieron un doble yugo. Los últimos asmeones fueron arrojados por la violencia. Antigono, hijo de Aristóbulo II, que había usurpado el poder hacía algun tiempo, fué decapitado por orden de Antonio y á ruegos de Heródes, al cual establecieron los romanos sobre el trono de Judea despues de sitiar nuevamente á Jerusalem. El cetro había, pues, salido de Judá¹, y un extranjero reinaba en el país de la promesa.

Heródes y sus sucesores.

45. Heródes, á quien sus aduladores habían dado el sobrenombre de Grande, reinó treinta y siete años (37 á. de J. C. — 1 d. de J. C.), siendo á la vez esclavo de Roma y opresor del pueblo. Se sirvió del oro judío para celebrar juegos paganos en honor del Emperador, construyó á Cesárea de Straton, en Palestina, de la cual hizo una ciudad pagana, fué cruel con

¹ Gen. XLIX, 29

su propia familia, debilitó la influencia sacerdotal, hizo reconstruir el templo de Zorobabel con un plan más vasto y grandioso que el que tenía ántes, y colocó á su entrada un águila romana. Habiéndola derribado violentamente algunos celosos judíos, pagaron con la vida su audacia. Despues de la muerte de Heródes: los judíos suplicaron inútilmente al Emperador Augusto, que les libertara de la tiranía idumea. Augusto dividió las provincias de Palestina entre los hijos de Heródes; Arquelao obtuvo la Judea, la Idumea y la Samaria, en cualidad de etnarca; Antipatro, la Galilea y la Perea; Filipo la Batanea, la Iturea y la Tracónica á título de tetrarca. Arquelao siguió en todo las huellas de su padre, fué desterrado á Galilea despues de diferentes acusaciones (6 años d. de J. C.), y su territorio anexionado á Siria, pero gobernado por procuradores imperiales. Las provincias de Filipo (muerto el año 37) cayeron despues en poder de Heródes Antipas, que no tardó en ser tambien desterrado á las Galias.

El año 41, Heródes Agripa, nieto del primer Heródes, fué nombrado por el Emperador Cláudio rey de toda la Palestina; pero murió el año 44, y la administración se confió nuevamente á procuradores romanos. La mayor parte de éstos no usaron de miramientos, y aunque dejaron al Sanhedrin la decisión de los negocios religiosos, obligaron más de una vez á los Sumos Sacerdotes á renunciar á sus cargos, é hicieron sentir cada vez más á la nacion oprimida su impotencia, que se había aumentado con divisiones intestinas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 43-45.

Dællinger, p. 739, 762 y sig.; Schürer, *Lehrb. der neutestamentl. Zi.-Gesch.*, Leipzig, 1874.

Partidos religiosos. — Los chasidims, saduceos y fariseos.

46. En el tiempo en que los Macabeos sostenían gloriosos combates, habíase formado un partido entre los judíos, bajo el nombre de *chasidims* (piadosos, temerosos de Dios). Sin diferir en lo esencial de los *sopherims* (doctores de la ley), los chasidims se distinguían por una observancia más rigurosa de la ley y de las prescripciones que servían á ésta de comentario. Condenados sesenta de ellos á muerte por Baquides, general sirio, se unieron á Matatías; más tarde, por respeto á la raza de Aaron, entraron en el partido del traidor Alcimo. Bajo el reinado de Jonatán y Simón, habían perdido mucho de su influencia. Representaban en la teoría y en la práctica á los enemigos irreconciliables del

helenismo, que había hallado partidarios en muchos judíos demasiado ansiosos de libertad.

Estas dos facciones opuestas, de las que una rechazaba y la otra adoptaba el helenismo, fueron al parecer el origen de los fariseos y saduceos. Estos últimos mencionados por primera vez en tiempo de Jonatán (159-144 años á. de J. C.), aparecen como una escuela de sabios, ricos, y hombres de estado que se acomodan al espíritu de la época, que sin rechazar toda la ley como hacían los precedentes apóstatas, intentaban dulcificarla por medio de libres comentarios y sobre todo con la filosofía epicúrea. Eran los libre-pensadores, los racionalistas, los liberales de aquel tiempo. Ligados entre sí por la comunidad de los esfuerzos, sometidos en cuanto era posible á los poderes reinantes, poco influyentes en el pueblo, pero obligados por los sentimientos religiosos que predominaban á usar más moderación que los antiguos helenistas, los cuales habían roto con la ley, tendían á un deísmo que degeneraba en materialismo y eran poco favorables á las ideas metafísicas. No es probable que negasen la creación, pero sí la acción permanente de Dios sobre el universo. Exaltaban el libre arbitrio y combatían vigorosamente toda especie de fatalismo y de predestinación; negaban la inmortalidad del alma, la resurrección, la existencia del demonio y de los ángeles. Se ajustaban principalmente á la ley, y no rechazaban á los profetas, si bien algunos preferían los cinco libros de Moisés; combatían también la tradición, que ponía una barrera á la ley.

En cuanto á los fariseos, se consideraban como los centinelas de la ley, los custodios de la tradición oral. Las cosas religiosas formaban su principal ocupación; ecos fieles de la conciencia popular, trataban de robustecerla por la enseñanza regular y la interpretación clásica de los libros sagrados. Á ellos pertenecían la mayor parte de los sacerdotes, todos los sopherims y la mayoría del pueblo. Formaban, pues, algo más que un partido ordinario, á pesar de lo que pretendían sus adversarios más violentos, los saduceos. Eran, por otra parte, los patriotas, los nacionales, los enemigos de la dominación extranjera, que parecía á la mayor parte de los judíos un contratiempo inexplicable, sobre todo después que la idolatría perdió su prestigio. Por esto les perseguían los soberanos extranjeros. Hallábanse, pues, entre los fariseos cuantos elementos buenos y malos habían en el pueblo mismo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 46.

Bilfinger, *Die drei jüdischen Secten* (Nieders, *Ztschr. f. hist. Theol.*, Leipzig, 1849, p. 317-334); Himpel, *Tüb. Q.-Schr.*, 1858, p. 63 y sig. Aquí también el texto está conforme á lo expuesto por Dellinger (p. 475 y sig.), teniendo á la vista las

observaciones de Langen (*Das Judenthum in Palestina zur Zeit Christi*, Friburgo, 1866, p. 187 y sig.). Sobre los chasidims y sus relaciones con los fariseos, véase Scaligero, *Elench. Tryhaer Serarii*, p. 443.

Se hace derivar la palabra saduceo: a. del hebreo Zedek, Zadik (justo); b. de Sadoc, discípulo de Antigono (Antíoco), de Socó (300-240, ó 291-260 á. de J. C.). Este último punto es negado por Bilfinger, p. 327. Guericke lo sostiene siguiendo al Talmud.

Se hace derivar el término fariseo: a. de parusch (פָּרֻשׁ), separar, separado, elegido, ἐπιχωρισμός (Epiph., *Hær.*, XVI, 1; Suidas, Rabbi Nathan, R. Elias. Cf. *Talmud Babylon.*, *Chagiga*, fol. 18, 6; Guericke, etc.); b. de porresch (פֹּרֶשׁ), maestro, comentador (Möhler, *Hist. eccl.*, I, 101). La primera derivación se apoya en razones numerosas. No es inverosímil que los fariseos conservasen, como título de honor, este nombre que habían recibido de sus enemigos. Si Josefo (*Antiq.*, XVIII, 1, 2) les trata como secta ó escuela filosófica, es sin duda para conformarse al lenguaje de los griegos y romanos.

47. La lucha entre fariseos y saduceos se había enconado singularmente desde Hircano I. Ofendido éste contra los primeros porque habían castigado con excesiva indulgencia al fariseo Eliazar, que le aconsejó renunciar al Pontificado á causa de haber sido su madre en otro tiempo prisionera, rompió con ellos, confiando los más importantes cargos á los saduceos. Recobraron aquéllos su crédito bajo Alejandro Janeo, y expulsaron del gran Consejo á sus adversarios. Sin embargo, el príncipe se inclinó luego á favor de éstos, se movió públicamente del culto de los fariseos, persiguió á sus parciales, y ahogó con sangrientas represiones toda tentativa de insurrección. Alejandra Salomé, por los consejos de su esposo moribundo, levantó el crédito de los fariseos; Judas Ben-Tabbai y Simon Ben-Schetach, fueron los restauradores de la antigua ley y de su interpretación. En tiempo de Heródes, más de seis mil fariseos rehusaron prestar á él y á los romanos juramento de fidelidad, y se les sujetó á públicos castigos. Por punto general, puede decirse que al principio los fariseos no descuidaron medio alguno de sostener la creencia mosaica é impedir todo contacto entre judíos y paganos; pero á fuerza de querer alcanzar influencia, purgar la ley de toda liga extraña é imponerle diques, cayeron en el exceso. Los comentarios destinados á servir de freno, convirtiéndose de este modo en obligatorios, más obligatorios aún que la ley, y la casuística legal, perdiéndose en los pormenores, alteraba el espíritu de aquella. Desde el tiempo de Esdras, el hebreo se había convertido en lengua muerta para el pueblo, y la ley tenía necesidad de intérpretes.

Los fariseos constituían el cuerpo docente, eran los órganos de la interpretación tradicional rechazada por los saduceos, y daban la glosa de la ley (deu-teroseis-mischna). Partidarios de las ceremonias, de los ayunos multiplicados, de las frecuentes purificaciones, los practicaban

con hipócrita ostentación, aunque entre ellos hubiese muchos hombres recomendables. Enseñaban francamente la inmortalidad del alma, las recompensas y penas de la vida futura, la existencia de los ángeles, la influencia de Dios sobre el mundo, y su Providencia, sin perjuicio del libre arbitrio. Parece, sin embargo, que creyeron posteriormente en un destino ligado con el movimiento de los astros. Es probable que admitiesen también la resurrección de los cuerpos. El judío Flavio Josefo piensa que creían en la transmigración de las almas, tal como la entendían los griegos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 47.

Dellinger, p. 478 y sig., 762; sobre el texto de Josefo, *De bello jud.*, II, VIII, 14, concerniente á la *Metempsychosis*, véase *ibid.*, p. 754, y Langen, p. 351 y sig.; sobre la *επιεργασίαν ἢ μεταμύτησιν*, Dellinger, p. 753; Langen, *obra citada*, p. 222.

Los esenios.

45. Los esenios ó esenos ocupan en cierto modo el término medio entre ambos partidos, y deben acaso su origen á un ensayo de conciliación entre uno y otro. Pretenden descender de Moisés, si bien no datan más que de la primera mitad del siglo X antes de J. C. Aparecen como místicos y ascétas, aunque partidarios de las doctrinas de Orfeo y de Pitágoras y por esto, aun más extraños al judaísmo. Rechazaban los sacrificios de animales, escogían por sí mismos sus sacerdotes, y se mostraban más severos que los fariseos en la celebración del sábado; pero permanecían alejados de las solemnidades del templo. Profesaban en todo su rigor el dogma de la unidad de Dios, castigaban con la muerte las blasfemias contra Moisés, pero tributaban al sol un culto particular, así como á los ángeles, cuyos nombres debían conservarse secretos. Su vida entera estaba dominada por la idea de las cosas puras ó impuras, lo que hacía su trato harto difícil. Cada uno de sus festines era un sacrificio; pero sus vestidos y alimentos se limitaban á lo estrictamente necesario.

Formaban los esenios una especie de congregación compuesta de hombres célibes en su mayoría, aunque las mujeres no estuviesen excluidas de ella. Se abstendían del matrimonio, por lo ménos cuando llegaban á los grados superiores, pues consideraban á la mujer como infiel, pero en definitiva no la rechazaban. Algunos de ellos se casaban, pero despues que la esposa había pasado por una prueba de tres años; educaban voluntariamente los hijos ajenos, hacían prosélitos, que no

eran admitidos sino despues de un noviciado de tres años. Vivían en comunidad de bienes y de rigurosa obediencia, prohibían la fabricación de armas, la esclavitud, el juramento, excepto para la admisión en su sociedad. La continencia era su primera virtud, su filosofía la moral. A imitación de los pitagóricos, consideraban el cuerpo como la prisión del alma, formada de la parte más sutil del éter.

Su morada primitiva estuvo acaso en las regiones solitarias del mar Muerto; más tarde abandonaron estas colonias, y vinieron en número de 4.000 á diferentes ciudades y colonias, donde no conservaron la antigua severidad de costumbres. No huían de los lugares habitados por judíos, llevaban vida activa y laboriosa, ejercían diferentes industrias y practicaban la medicina.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 48.

Se hace derivar el nombre de esenios: a. del siríaco שֵׁנַן , curat, «medicus animae et corporis peritus» (Jos., *loc. cit.*, n.º 6; Møhler, *K.-G.*, I, 107); b. de שֵׁן , sufrir una desgracia, una ruina (Bilfinger, p. 237); c. de chasidim, puro, santo (Guericke, I, p. 29); Filon los llama *Εσσηται*, Josefo *Εσσηνοί*; Bellermann, *Geschichtl. Nachrichten über Essener u. Therapeuten*, Berlin, 1821; Sauer, *De essenis et therapeutis*, Vratisl., 1829; Dähne, *Geschichtl. Darstellung der jud.-alex. Rel.-Philosophie*, Halle, 1831, I, 439; König, art. *Essener* en *Freib. K.-Leicon*, t. III (1843), p. 715 y sig.; Harnischmacher, *De essenorum apud Judaeos societate*, Bonn, 1836 (hace derivar la palabra esenio de *εσσην* y le da el sentido de fuertes, heroicos, con arreglo á multitud de verbos que se enlazan con esta palabra). Lauer, *Die Essener und ihr Verhältnis zur Synagoge und Kirche*, Viena, 1860. Sobre estas dos últimas obras y otras además, véase el artículo de Langen en *Bonn. Theol. Lit.-Blatt.*, 1870, p. 147.

Datos suministrados por las fuentes: Plinio, *H. N. V.*, 15; Jos., *De bello jud.*, II, VIII; *Ant.*, XVIII, IV; Filon, «quod omnis probus liber.» Euseb. *Præp. evangel.*, VII, VIII.

Los therapeutas.

49. Los therapeutas de Egipto se mantenían fuera de las ciudades, y vivían en los alrededores de Alejandría, en mezquinas habitaciones; se dedicaban exclusivamente á la vida contemplativa y á la lectura de la Biblia. Cada casa tenía su santuario (semneon, monasterion), donde los particulares se entregaban á la meditación. En el día del sábado se dividían en dos secciones segun los sexos, y se reunían en un lugar comun, donde uno de los ancianos pronunciaba un discurso. Interpretaban la Biblia en sentido alegórico, y celebraban agapes religiosos mezclados de cantos, conversaciones espirituales y danzas. Formaban también una sociedad de ascetas judíos, sin que por pertenecer á ella se creyesen se-

parados de los demás judíos ni excluidos de sus filas. Se controveierte vivamente si estaban sometidos á la influencia de la filosofía platónica, y si tenían alguna relación con los esenios de Palestina. La pintura que nos ha dejado de ellos el judío Filon, ha sido aplicada posteriormente á los primeros cristianos ¹.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 49.

Mientras que algunos conceden á los terapeutas prioridad sobre los esenios, y creen que éstos se formaron en Palestina sobre el modelo de aquéllos, otros piensan, por el contrario, que los esenios son el tipo primitivo de los terapeutas. Dollinger, p. 760, niega todo parentesco entre los terapeutas de Egipto y los esenios de Palestina, y no admite la influencia de la filosofía griega sobre los primeros. Acerca del primer punto, Valois está plenamente conforme con Eusebio, *Hist. eccl.*, II, 17; Langen, á su vez (p. 136, n.º 24), piensa que en Egipto se mezclaban elementos platónicos á la práctica pitagórica, mientras que en Palestina el pitagorismo había adquirido carácter más puro y que el origen de esta tendencia debe buscarse exclusivamente en Egipto.

Los judíos de la dispersion.

50. Al lado de los judíos de Palestina, los que vivían dispersos (*diaspora*), no tardaron en formar un pueblo considerable. Sostenían en su mayor parte continuas relaciones con Jerusalem, pagaban el tributo del templo (*didrachma*), enviaban con frecuencia ofrendas y hacían peregrinaciones, si bien la antigua adhesión al centro de su nación y de su culto se debilitó en gran número de ellos. Muchos judíos habían permanecido en Babilonia desde donde se esparcieron por las regiones de Oriente. Más numerosos aún fueron los que se dirigieron hácia el Mediodía. Los reyes de los homéritas, en el Sur de Arabia, adoptaron el judaísmo (hácia el año 100 a. de J. C.). Alejandro Magno les había permitido ya establecerse en la nueva Alejandría de Egipto.

Bajo el cetro de Ptolomeo Lago, su número se acrecentó notablemente, formando ya en tiempo de Filon las dos quintas partes de la población de la capital, y disfrutando muchos privilegios. En el reinado de Tolomeo II Filadelfo (281-247 años a. de J. C.), una parte de la Biblia fué traducida al griego (los Setenta), lo cual contribuyó á disminuir más aún el número, harto limitado ya, de los que entendían el hebreo y el caldeo, y favoreció los progresos del movimiento filosófico y religioso en el mundo helénico. En efecto los traductores veíanse obligados, para expresar ideas abstractas, á formar terminología especial, y á evitar el

¹ Eusebio, *Hist. eccl.*, II, XVII.

antropomorfismo; debían propender naturalmente á introducir el mo-saismo entre los griegos y ponerlo de acuerdo en cuanto fuese posible con su filosofía.

Ptolomeo Filopator (152 años a. de J. C.) permitió á Onías, hijo del Sumo Sacerdote Onías III, que fué asesinado, trasformar en templo del Señor, uno pagano caído en ruinas cerca de Leontópolis. Aunque esto coincidió con la profanación del templo de Jerusalem, y no tendía á separar de él á los judíos, los de Jerusalem lo vieron con disgusto, porque era contra la ley; sin embargo, se conformaron, tanto más cuanto que la bendición del cielo había sido prometida en otro tiempo al país de Egipto ¹. Por esto, el templo de Leontópolis tuvo, hasta los tiempos de Vespasiano, sus sacerdotes y levitas, así como abundantes recursos. Los judíos de Egipto perdieron más y más, á medida que la lengua y literatura griegas penetraron entre ellos, el carácter distintivo de la antigua nación judaica.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 50.

Josefo, *Antiq.*, XV, III, 1; XII, III, 4; III, 1; XIII, III, 2; *De bello jud.*, II, 36; VII, III, 3; Filon, *In Flac.*, p. 971, 973. La traducción alejandrina de la Biblia parecía á los judíos rígidos tan extrema desventura, que comparaban el día de su publicación con aquel en que fué adorado el becerro de oro. *Tract. Sopherim.*, 1; *Meg. Taqúth.*, fol. 50, cap. II.

La filosofía de los judíos alejandrinos. — Filon.

51. Tuvo principio esta filosofía en la primera mitad del siglo II antes de J. C., con el peripatético Aristóbulo, de raza sacerdotal. Preceptor del rey Ptolomeo Filometor, Aristóbulo intentó, en una obra redactada en griego, probar que los poetas y filósofos de Grecia estaban iniciados en las doctrinas de Moisés, y que había en sus escritos notables analogías con éstas. Citó en apoyo de su teoría muchos versos probablemente escritos por judíos anteriores, y que pasaban por obra de Orfeo, Hesiodo y Homero. Pretendió que Orfeo había hablado con Moisés, y Pitágoras con los discípulos de Jeremías en Egipto. Aristóbulo se sirvió mucho de los autores griegos.

El docto Filon (nacido 25 años antes de Jesucristo y muerto 39 después) fué más léjos todavía. Distinguiendo entre el espíritu y la letra, é interpretando alegóricamente el Pentatécúo, creía encontrar las ideas platónicas y estoicas ocultas en Moisés, padre, en su sentir, de toda filosofía, y

¹ Isaias, XIX, 21-25.

pretendía restablecer así el sentido de las palabras de la Biblia, inspirada por Dios, y en la cual había inagotable fecundidad de pensamientos. Bastaba, decía, despojar aquellas de su corteza. Transportó a la Biblia cuanto había encontrado en la civilización griega, á pesar del afecto que tenía á su pueblo y de su convicción sobre la sublime vocación de éste.

El sistema de Filon descansa en las siguientes proposiciones:

1.º Entre Dios y el mundo hay una distancia infinita. Dios está infinitamente elevado sobre todas las cosas. Es, sin propiedades ni nombre, el Sér absoluto, ante el cual los demás séres son como si no fuesen. Es personal, infinitamente dichoso y siempre activo.

2.º Hay una causa eficiente, Dios, y un elemento posible, la materia inanimada, inmóvil en sí, y sin embargo plástica; ella explica las imperfecciones de lo finito. En vez de admitir que el mundo fué sacado de la nada, Filon cree en la preexistencia de la materia.

3.º No teniendo el Sér divino contacto alguno con la materia, Dios se ha servido de sus fuerzas incorpóreas para crear el mundo de las ideas, y por medio de ellas ha dado forma á la materia. (Estas ideas de que habla Filon, fueron sacadas probablemente, ántes que él, de Platon por los judíos de Alejandría.)

4.º Las ideas forman en conjunto el mundo inteligible (*cosmos noetos*), y son los ejemplares del mundo sensible (*cosmos aisthetos*). El mundo ideal tiene por autor al Verbo Divino, y es idéntico á Él.

5.º Las ideas son, por una parte, los tipos, los modelos, segun los cuales Dios crea los séres, el sello que les imprime, y por otra, las causas eficientes, las fuerzas (*dynameis*) por medio de las que ejecuta el plan de la creación; son actividades divinas depositadas en el mundo y dotadas de independencia relativa (como los ángeles, considerados frecuentemente como personas).

6.º El Verbo divino es la razon soberana, mirada ya como propiedad impersonal encerrada en el Sér divino (*logos endiathetos*), ya como surgiendo del seno de la divinidad, en cuanto es palabra de Dios y subsistente, en cuanto es persona distinta de Él (*logos propheticos*). Es la manifestación más completa de Dios, el compendio de todas las energías y manifestaciones divinas, el mediador entre Dios y el mundo, la imagen del Padre, el Hijo de Dios, el segundo Dios, el arcángel, la sabiduría. La confusión que se nota aquí en los términos proviene, sin duda, de que Filon, presintiendo la relación íntima entre el Verbo y el Padre, tenía sacrificar la noción de la unidad divina y caer en el politeísmo.

7.º Ángeles, demonios, almas, son términos sinónimos. Su número

es infinito, y su morada la atmósfera. Parte de estas almas (opinión de Platon) cayeron del aire sobre la tierra para unirse á cuerpos perecederos¹; muchas se pierden en la sensualidad, otras luchan contra ella para reconquistar las altas regiones; las más viciosas caen en la nada con el cuerpo.

8.º La voluptuosidad es el principio y asiento del pecado; es preciso oponerle la continencia, la sujeción y mortificación de los sentidos.

Muchas de estas ideas son estóicas, salvo la necesidad de la gracia que allí se pondera. La virtud consiste en hacer todas las cosas con la mirada fija en Dios; la fe es la verdadera sabiduría. El éxtasis es el estado de perfección, que se hará general en el tiempo del Mesías. Filon era de hecho el jefe de la escuela judeo-teosófica, y ejerció durante muchos siglos la mayor influencia. Hállanse en sus obras pensamientos grandes y nuevos, á la vez que exageradas y peligrosas teorías.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 51.

Aristob.; Eus., *Praepar. ec.*, VII, 14; VIII, 10; XIII, 12; Valckenaer, *De Aristobulo Jud.*, Leyde, 1806; Doellinger, p. 838; Filon, *Op.*, ed. Francof., 1691, in-fol.; ed. Mangay, Lond., 1742, en fol., t. II; ed. Pfeffer, Erlang., 1785 y sig., 1820 y sig.; *Bibl. SS. Patr. lat.*, ed. Richter, Lips., 1828 y sig.; Eus., *loc. cit.*, VII, 21; VIII, vi, 7, 11-13; Grossmann, *Quaestiones Philonicae*, Lips., 1829; Girærer, *Philo*, Stuttg., 1831; Dahnle (48); Staudenmaier, *Philosophie des Christenth.*, Giessen, 1840, vol. I, p. 260 y sig.; Doellinger, p. 838-848; Langen, p. 177 y sig., 206 y sig.; 237, 266, 289, 840 y sig., 373, 468; Siegfried, *Philo v. Alca.*, Jena, 1875; *Philonea inedita altera, altera nunc demum recte et vet. scriptura eruta*, ed. C. Tischendorf, Lips., 1868.

52. Estas sociedades judáico-alejandrinas produjeron también obras de señalada importancia. Incluidas despues en el Cónon de la Iglesia, han servido de transición entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Tal es, por ejemplo, el libro de la *Sabiduría*, fruto de un ingenio eminentemente filosófico, iluminado por la Revelación divina y libre de los extravíos, que son comunes á las opiniones humanas. Trata las más sublimes cuestiones, edificando sobre las bases puestas en los *Proverbios* de Salomon y en el libro del hijo de Sirach, acercándose estrechamente al lenguaje de la filosofía griega, y desplegando gran delicadeza en la exposición. La sabiduría aparece allí como el soplo de la virtud de Dios², como pura emanación de su esplendor, como reflejo de la luz eterna, espejo sin mancha de las obras de Dios é imagen de su bondad³. En el segundo

1 Gen., vi, 1 y sig.

2 V. Job., xxviii, 24-28; Proc., viii, 22-31.

3 Sap., vii, 25 y sig.; viii, 4; ix, 4.

libro de los Macabeos, que recuerda á Jason de Cirene (II, 23), se hallan ricas enseñanzas, especialmente en lo que mira á la vida futura y la resurrección.

Parece que estas mismas sociedades produjeron además otros escritos que no han disfrutado de crédito tan duradero; tales son las más antiguas partes de los libros sibílinos, que fueron despues continuados por cristianos, el tercer libro de los Macabeos, etc.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 52.

Langen, p. 6, 20 y sig., 26 y sig., 250 y sig.; Bleek, *Stud. u. Krit.*, 1853, p. 267 y sig.; Stier, *Die Apokryphen*, 1853, p. 67; Ewald, *Gesch. des Volkes Israel*, IV, p. 626; III, etc. Se equivocan, sin duda, los que atribuyen el *Liber sapientiae* al judío Filon (Hieron., *Praef. in libr. Salom.*), que es del IV siglo. Cornel. a Lapide, *Com. in Rech.*, p. 626; Eiehorn, *Einleit. in die Apok.*, p. 166 y sig.; Grimm, *Greget. Hbd. z. d. Apok.*, VI, 21; sobre la idea de la Chokma, Dellinger, p. 824 y sig.; Langen, p. 261, n.º 17; sobre el libro II de los Macabeos, Langen, p. 25 y sig.; Wolte, *Freib. K.-Lezikon*, VI, p. 709; *Oracula sibyllina*, según Gallandi y Mai, ed. Paris, 1841, 1856; ed. Friedlieb, Lips., 1852; Bleek, *Berliner Zeitschrift*, de Schleiermacher, etc., cuad. I, p. 120 y sig.; cuad. II, p. 172 y sig.; Langen, p. 169 y sig., III, *Buch der Maccabaeer*, Langen, p. 176 y sig.; Movers, *Freib. K.-Lezikon*, I, 239.

Los prosélitos.

53. Los judíos estaban tambien muy esparcidos fuera de Egipto, sobre todo durante el reinado de Augusto. Los primeros habían sido enviados por Pompeyo á Roma como prisioneros de guerra. Autorizados por Julio César para construir sinagogas, habitaron en una region estrecha situada más allá del Tiber (Ghetto), y fueron favorecidos por César y Augusto. Muchos de ellos, áun de los que vivían y habían sido educados en Palestina, adoptaron las ideas romanas, entre otros el sabio fariseo Josefo, descendiente de la raza sacerdotal. Tomó el nombre de Flavio, en honor de Vespasiano y Tito, y escandalizó bastante á los más rígidos de sus compatriotas, solicitando el favor de los romanos y esforzándose por templar en sus escritos todo lo que podía lastimar á éstos.

Los judíos, por su parte, ejercían poderoso atractivo, á causa de la inclinación que los romanos, y en especial las mujeres, sentían hácia los dioses extranjeros. Roma misma les suministraba prosélitos. Estos eran ó prosélitos de la justicia, que se sometían á la circuncision, y eran perfectos judíos, ó prosélitos de la puerta, que se obligaban solamente á observar las leyes de Noé, y no eran circuncidados. Estos últimos, los más numerosos, eran admitidos por la escuela moderada de Hillel á la

participación del reino mesiánico, mientras que la de Schammai, más austera, que aceptaba el divorcio ¹ solamente por causa de adulterio, y no por cualquiera otra acción desagradable, los excluía, porque según la opinión de los judíos estrictamente ortodoxos, ninguno pagano podía convertirse en verdadero hijo de Abraham. Ambos partidos invocaban el texto de David: « ¡Perezcan los pueblos que olvidan al Señor ²! » Estos prosélitos y los mismos judíos eran odiados y despreciados de la mayor parte de los paganos; y por su lado los judíos pretendían siempre mantener su preeminencia sobre los paganos convertidos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 53.

Los judíos en Roma, Tacit., *Ann.*, II, 85; *Hist.*, V, 5; Horat., *Sat.*, I, 9, vers. 60 y sig.; Juvenal, *Sat.*, VI, 643; XIV, 96 y sig.; Séneca, ap. Aug., *De civ. Dei*, VI, 11; Philo, *Leg. ad Caj.*, p. 1014, 1065 y sig.; Jos., *Ant.*, XIV, 10, 2-8; XVIII, 3, 5; XIX, 5, 3; Langen, *Der theol. Standpunkt des Flav. Jos.*, en *Tüb. Q.-Schr.*, 1865, I, p. 1 y sig. Los prosélitos de la puerta (גְּרֵי הַשַּׁעַר) aparecen en el Nuevo Testamento bajo el nombre de *εφορματοι* ó *εὐνομοι* (en Hebr.); no observaban sino los preceptos de Noé (*Gen.*, IX, 4 y sig.; *Lév.*, XVII, 8 y sig., *Eccl.*, XX, 10; *Deut.*, V, 14), por oposición á los prosélitos de justicia, גְּרֵי הַדֵּשֶׁת (הַתְּרִיחַ), Tacit., *H. V.*, 5; Juven., XVI, 96 y sig.

L. Geiger, *Quid de Judaeorum moribus atque institutis scriptoribus Romanis persuasum fuerit*, Berat., 1870.

54. Así cayó poco á poco el muro que separaba á los judíos de los otros pueblos. Les dieron mucho, y tomaron algo de ellos, propagaron mejores ideas religiosas, y recibieron en cambio nuevos elementos de cultura, que ni áun en Palestina pudieron rechazar, á pesar de los esfuerzos que hicieron para combatirlos. Ni el libro de Henoch, compuesto en Palestina en el tiempo de los combates de los Macabeos para impugnar el helenismo, ni el Salterio de Salomon, posterior al año 63 ántes de J. C., sin hablar de otros escritos, lograron evitar ó hacer inofensivos estos elementos. En aquella época, el hebreo no era aún la lengua popular, y había necesidad de traducir las Santas Escrituras. Servíanse en primer término de los Targumims, de los cuales el más antiguo, relativo á la Thora (de Onkelos), data de la primera mitad del primer siglo cristiano. La ruda opresión que hacía sufrir el extranjero, y la situación política en general, obligaban á atenerse vigorosamente al texto de la ley y á dar un carácter completamente exterior á la antigua esperanza mesiánica. Los judíos, desde el fondo de su decadencia moral, pedían un libertador que sacudiese el yugo extranjero; el pueblo elegido

¹ *Deut.*, XXIV, 1.

² *Ps.*, XIX, 18.

reclamaba un rey que dominase al pueblo pagano, y esperaba del cielo este rey, tanto más cuanto más se esforzaba por llenar los menores detalles de la ley mosaica y llegar á la verdadera justificación.

El farisaeismo, degenerado á la sazón, favorecía esta tendencia del pueblo judío, mientras que los saduceos no hacían otra cosa que sembrar la turbación y la discordia. En cuanto á los esenios, ménos numerosos, ya no tenían influencia sino en ciertas esferas, y ni áun en ellas podían imprimir dirección á los ánimos. Todas las formas de la malicia y de la corrupción se encuentran en los judíos de la época imperial.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 54.

Sobre el libro de Henoch, véase. Dillmann, *Das Buch Henoch*, Leipzig, 1853; Langen, *Judenth.*, p. 52-64. El libro que, según la mayor parte de los críticos, ha sido utilizado en la Epístola de Judas, vers. 11, 14 y sig., está á menudo mencionado por los autores eclesiásticos, por ejemplo, en *Test. XII Patriarch. Test. Jud.*, cap. XVIII; Tert., *De idol.*, cap. IV; *De cultu fem.*, I, II, 3; Orig., *C. Cels.*, V, LV; *Hom. XXVIII in Numer.*; *De Princ.*, I, III; IV, cap. ult.; t. VIII *In Joan.*; Anatol., ap. Eus., *Hist. eccl.*, VII, 32; Hier., *Cat.*, cap. IV; Aug., *De civ. Dei*, XV, XXIII. La cita que se encuentra en el libro Sohar, el estilo, en una palabra, la forma y el fondo, recuerdan un original hebreo ó arameo. Véase Catafago, *Journal asiatique*, 1848, p. 76. Sobre el Salterio de Salomón, véase Movers, *Freib. K.-Levikon*, art. *Apokryphenlit.*, vol. I, p. 340; Langen, p. 64-70; Targumim, Volck, *Herzogs Real-Encyclop.*, XV, 673; Langen, p. 70-72; Schœnfelder, *Omkelos u. Peschitto*, Munich, 1869; Sigm. Maybaum, *Die Anthropomorphien und Anthropopatheien bei Omkelos und den spateren Targumim*, Breslau, 1870.

Los samaritanos.

55. Mientras que en Persia muchos judíos se adherían á la religion pérsica, y otros elaboraban un sistema judaico-persa de naturaleza particular, los más próximos vecinos de Palestina, ó sea los samaritanos, continuaban aislados. Este pueblo, mezclado ¹ de colomos paganos, llamados kuteos, pretendía también ser de origen israelita, si bien era dado al paganismo y por consecuencia se hallaba excluido de la construcción del templo. Despues de la expulsion del sacerdote judío Manasés (410 según unos, según otros 332 años a. de J. C.), obtuvieron un templo particular sobre el monte Garizim ², cerca de Sichem, con sacerdocio y liturgia distintos. Este templo fué destruido por Juan Hircano I (109 años a. de J. C.), lo cual redobló la animosidad entre judíos y samaritanos, que evitaban entre sí todo trato, considerándose

¹ *II Reg.*, XVII, 24 y sig.; *II Paral.*, XXXI, 1 y sig.
² *Deut.*, XVII, 14.

recíprocamente como cismáticos ¹. Esta animosidad fué propagada en Egipto por los soldados de Samaria enviados allí.

Los samaritanos no aceptaban de la Escritura sino los cinco libros de Moisés, de los que poseían una version particular. Hallábanse también sometidos á la influencia de la civilización greco-alejandrina. Los principales rasgos de su religion, tal como se desenvolvió en el transcurso del tiempo, fueron éstos: 1.º, conservacion del monoteísmo; 2.º, prohibicion de atribuir á Dios ninguna de las propiedades del hombre (antropomorfismo); 3.º, negacion ó desprecio de la doctrina de los judíos sobre los ángeles, que miraban como meras fuerzas; 4.º, glorificación de los cinco libros de Moisés y eliminacion de las Escrituras posteriores; 5.º, celebracion del sábado y práctica de la circuncision, como prenda de alianza; 6.º, servicio del templo sobre el monte Garizim (en el lugar de Hebal); 7.º, expectacion del Mesías como restaurador de la religion, pero con ideas ménos particularistas que las de los judíos; 8.º, creencia en la immortalidad de las almas en el mundo subterráneo, si bien quedaban privadas de sentimiento (Scheel). Josefo se echaba en cara el hacerse pasar por judíos en la buena fortuna, como en tiempo de Alejandro, y por sidonios en la adversidad, que si hubieron especialmente con Antiocho Epifanes persuadiéndole que su templo era el del Júpiter de los griegos, y que allí se celebraba el mismo culto. De estos samaritanos salieron más tarde algunos fundadores de sectas cristianas (²), Dositeo, Simon, Menandro.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 55.

Jos., *Ant.*, XI, VIII, 2; VIII, 2 y sig.; XII, I, 1; 5 y sig.; Sylv. de Sacy, *Memoire sur l'état actuel des samaritains*, Paris, 1812 (Sieffert), *Prog. de temp. schis. eccl. Judaicos inter et samaritanos oborti*, Regiom., 1824; *Herzogs Realencykl.*, XIII, 350 y sig.; Grimm, *Die Samaritaner*, Munich, 1854. Algunos colocan á Manasés en el tiempo de Dario Codomano, que fué vencido por Alejandro el Grande; otros (Pri-deaux, Gesenio, Gieseler), en el de Dario Noto; Josefo se habría equivocado en tal caso sobre este punto (*Antiq.*, XI, VII; XII, I).

Los autores eclesiásticos citan ordinariamente á los Samaritanos entre los herejes. Filastro, *De haer.*, cap. VII; Epif., *Hist.*, IX; Leonc., *De sect.*, cap. VIII. Según Hipólito, *Philos.*, IX, 29, los saduceos encontraron muchos partidarios en Samaria. La version samaritana del Pentateúco fué publicada por la primera vez en 1627, en la *Polyglotte* de París. Cf. Gesen., *De Pentateuchi Samar. origine, indole et auctore*, Hal., 1815. (Del mismo, *Prog. de Samar. Theol. ex fontibus ineditis*, Hal., 1822 y *Carm. Samar.*, e codd. Lond. et Goth., Lips., 1824.) Welte, *Freib. K.-Levikon*, IX, 605 y sig. El Mesías se llama משיח ³ ó bien הקדוש, reductor, convertor, convertido, expresiones que ponen de realce el lado práctico de la mision

¹ *Joan.*, IV, 9 y sig.

profética. Algunos creen que la idea mesiánica de los samaritanos se acercaba mucho más á la verdadera que la de los judíos. (Ad Mayer, *K.-Lexikon*, loc. cit.)

Degeneracion de los judíos.

56. Cualquiera que fuese la superioridad moral y religiosa del pueblo judío respecto de los paganos, y á pesar de los ricos tesoros que conservaba en sus libros sagrados, en sus instituciones religiosas y domésticas, estaba, sin embargo, en profunda decadencia durante el período de los emperadores. Su manera completamente exterior de concebir la religion, los excesos de su fanatismo, su orgullo nacional indomable, su ódio contra los paganos, su inmoralidad y vicios secretos, las discordias intestinas y los partidos que los desgarraban, son las diversas causas de su decadencia. El soberano pontificado mismo estaba degradado, ora por las querellas de sus miembros con los otros miembros del cuerpo sacerdotal, ora por las disensiones sobre la distribucion de los diezmos, y por los nombramientos y destituciones arbitrarias. (Hubo en el período de 105 años 28 Pontífices, de los cuales algunos, como Ananias (52) y su hijo Anano (61), eran saduceos. Muchos, sobre todo en los últimos tiempos, hacían la guerra á sus competidores con bandas armadas.) Bajo el peso de la dominacion extranjera, la esperanza del Mesías, otras veces tan viva, no era más que la expectacion de un libertador político; sólo algunas almas escogidas la conservaban en su pureza y realidad, tal como había sido anunciada por los profetas, y suplicaban al cielo que enviase al Justo. La prueba más sensible de esta decadencia del pueblo judío está en que adoptó en lo sucesivo todos los falsos Mesías que lisonjaban sus esperanzas terrestres, miéntras que la inmensa mayoría rechazaba al Mesías verdadero.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 56.

Drellinger, p. 769 y sig., 851. Colócase entre los falsos mesías á los siguientes: Theodas (*Act.*, v, 36), Judas de Galilea (*ibid.*, hácia el año 27; *Jos., Ant.*, XX, v, 1); un profeta venido de Egipto en tiempo de Neron hácia el año 55 (*Jos. Bell. jud.*, II, xiii, 5); un impostor, hácia el 60 (*Jos., Ant.*, XX, viii, 10). Veas. Zschlag, *Theudas, Anführer eines 750 R. in Palästina erregten Aufstandes*, Cassel, 1849; Zeller, *Theol. Jahrbücher*, 1851, II, 270 y sig. Comp. 1849, p. 65 y sig.

§ 3. La plenitud de los tiempos.

57. Fué en la « plenitud de los tiempos, » segun la expresion del Apóstol¹, cuando se cumplió la redencion predestinada por Dios y

¹ *Galat.*, iv, 4.

prometida al género humano. El mundo greco-romano estaba tocado de caducidad, pero el Salvador del mundo iba á rejuvenecerlo. Aquél había llenado su mision, demostrando de qué era capaz la humanidad por sus propias fuerzas, y ahora sentía la necesidad de una redencion y estaba dispuesto á recibir al Libertador. La separacion entre los pueblos civilizados del antiguo mundo se había disminuido de tal modo, gracias á la unidad del imperio romano, al empleo general de la lengua griega, á la mezcla de las naciones y de sus ideas dominantes, al universal deseo de un socorro de lo alto, de un salvador, de un libertador celestial, que los hombres se sentían ya inclinados á unirse y engrandecerse con su union. Contribuía á esto la paz exterior, que disponía más aún á los ánimos para dedicarse á estas grandes cuestiones, á las que, por adormecida que se halle, jamás puede sustraerse la conciencia.

El sentimiento de las cosas grandiosas y sublimes que dominaba entre los orientales; el de la belleza estética, cultivada por los griegos; el de la utilidad, el derecho y la justicia alimentado por los romanos, iban á ser trasfigurados por Aquel que siendo la santidad misma, era sólo quien podía santificar todas las cosas, ennoblecerlas y levantarlas por encima del mundo sensible.

Vivíase bajo el reinado de Augusto, y las centurias de años de Daniel tocaban á su fin¹; el templo de Zorobabel esperaba á Aquel cuya venida sería para él más gloriosa que lo que habían sido en otro tiempo para el de Salomon las nubes de incienso²; las esperanzas que despertaba el Mesías, aunque oscurecidas y desfiguradas, eran, sin embargo, más vivas y ardientes que nunca. Habían corrido cuatro mil años desde que el primer Adán llegó á ser padre de nuestra raza culpable. El segundo Adán iba á entrar en el mundo para reconciliarlo con Dios, é infundirle un nuevo principio de vida.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 57.

Heñele, *Beitr. z. K.-G.*, I, 1 y sig.; edic. de Tubinga, 1864.

58. Pero ¿por qué esta venida tardía del Redentor? ¿por qué solamente despues de millares de años? ¿por qué diferir por tan largo tiempo la satisfacion de las dolorosas aspiraciones de las mejores y más nobles almas? Esta pregunta, frecuentemente dirigida á los primeros cristianos, ha sido diversamente contestada. 1.º Ya uno de los discípulos de los Apóstoles³, cuyo nombre es desconocido, respondía:

¹ *Daniel*, ix, 24.

² *Ag.*, ii, 11 y sig.; *Malac.*, iii, 1 y sig.

³ El autor de la *Epistola á Diognetes*.